

—Muy bien, señora.

—Si lo que va á pasar aquí esta noche llega á oídos del inquisidor-----

—Me quemará mañana.

—No quiero decir eso precisamente.

—Ya comprendo, contad con mi silencio.

—Ya sabes que sé premiarlo.

—Lo sé; podrá indicarme la señora donde podré encontrar al capitán?

—Probablemente en su cuartel.

—Está bien.

Salióse el tío Pablo pálido como un difunto, porque el mandato de la señora lo ponía en un grave compromiso.

El inquisidor le habia confiado la guarda de la jóven y le pagaba liberalmente, confiado en su lealtad y buena fe; pero la señora se imponía altanera y pagaba tan bien, que el tío Pablo no podia rehusarse á servirla; esto traía el inconveniente, que una vez descubierto fuera ahorcado en su misma casa. Parvedad de materia, eso tenia de suceder tarde ó temprano con el muy bribon, así es que nada arriesgaba en la empresa.

Haciendo estas reflexiones se dirigió al cuartel de los guardias de S. E. el virey, y se encontró desde luego con el capitán don Félix.

IV.

Lino el mulato y el Zurdo paseaban á favor de la oscuridad de la noche, hablando siempre de sus proyectos de robos y otros asuntos por ese estilo; sonaba la *queda* cuando atravesaban la Plaza de armas, de donde habia desaparecido la horca por mandato de Revillagigedo.

—Lo que es aquí, ya no nos cuelgan, observó el Zurdo.

—Será mas adelante, contestó Lino, el negocio se ha trasladado á la plazuela de Mixcalco.

—Por eso guardo estos *polvitos*; en cuanto me sentencien me los echo al colete y asunto concluido.

—Espero que me convidarás de ellos.

—Para todos hay.

—Convenido; pero ¿quién es ese loco que atraviesa á escape como un desesperado?

—Demonio! es el familiar del obispo de Michoacan.

—Hola! amigo mio, gritó el mulato.

El estudiante no lo escuchó, entonces el bandido lo tomó fuertemente por el brazo.

—Dejadme! gritó el estudiante.

—Eso no puede ser.

—Tomad el dinero que me queda.

—No se trata de eso, sino de que nos conozcais.

—Y para qué?

—Para salvaros.

—Quién sois?

—Lino, señor de Pedraja.

—Lino!

—Sí, vuestro amigo.

—Llegas en la hora mas desesperada de mi vida.

—Aquí me teneis para lo que pueda ofrecerse.

—Lino, me han robado á Rosalía! exclamó llorando el estudiante.

—¿Qué es eso de robar á una dama? dijo una voz robusta y vigorosa.

—Y qué os importa? preguntó con exaltacion Antonio Pedraja.

—Caballero, esa pregunta es inútil, llevo al cinto una espada y lo que acabais de decir compromete á un hombre galante á ayudaros en la empresa de buscar á una dama.

—Teneis razon, dijo Pedraja, y perdonadme el tono tan inconveniente que he usado.

—Apretad estos cinco, caballero, y decidme que podremos hacer.

Pedraja oprimió la robusta mano del desconocido.

—Decidme, si os place, vuestro nombre.

—Antonio Pedraja.

—Félix de Quintanar es el mio, capitan de la guardia del virey.

Lino y el Zurdo hicieron un movimiento como retrayéndose á las miradas del capitan.

—Pues vaguemos al acaso, dijo don Félix.

—Es que vos podeis hacer mucho por mí.

—Hablad.

—Me parece que la Inquisicion anda en el negocio.

—Malo---- malo!

—Me lo he sospechado y nada mas.

—Esa gente es terrible, amigo, pero no importa.

—Teneis amistad con alguno de esos señores?

—No puede llamarse precisamente amistad, porque los aborrezco cordialmente.

—Estoy perdido!

—Con veinte demonios! exclamó el capitan, no os desesperéis, tomemos noticias del primer alguacil que se nos venga á las manos.

—Hacedlo todo, porque yo soy un forastero y no conozco á nadie.

—Afortunadamente yo no tengo mas ocupacion que aguardar la una de la mañana, hora en que debo estar espedito.

—Teneis cita?

—Precisamente, y este maldito reloj que anda tan despacio!

—La hora llegará, capitan.

—La espero con una impaciencia que podia llamarse *brutal*.

—Me gusta la palabra.

—Marchemos, señor Pedraja, y que ese par de tunos nos escolten; marchemos á ver á ese alguacil á quien le llaman Lanzasote, vive en uno de los suburbios mas retirados de los Angeles.

Los cuatro embozados comenzaron á andar conversando en voz baja, cuando vieron desembocar á dos mujeres de una de las callejuelas y ponerse en la vía que va directamente á los Angeles.

—Hola! dijo el capitan, dos buenas mozas; apretemos el paso; puede ser que hagamos lance.

—Serán viejas tal vez; eso de andar en la calle á estas horas no es muy católico que digamos.

—Amigo mio, por ver no se paga; van á pasar junto á ese tendajo, echémósles el guante.

Y al acercarse á una de las mujeres reconoció á Rosalía á la luz pálida que arrojaba el moribundo candil de la tienda.

—Es ella! exclamó lleno de gozo.

Don Félix, que era un hombre ducho en aventuras, se lanzó sobre Rosalía tapándole la boca con el pañuelo, porque preveia que á los gritos de socorro, acudiría una ronda y esto acaso perjudicaría á la jóven.

—Vamos, cargad á esa señora, se ha desmayado; y tened cuidado de no molestarla.

El Zurdo, que era un atleta, se echó la leve carga á sus espaldas de Hércules y siguió rumbo adelante sin saber donde dirigirse.

La vieja portera de don Blasco, ducha tambien en estos lances, guardó silencio y se escurrió bonitamente sin que nadie pensara en detenerla.

—Caballero, me habeis salvado, murmuraba el estudiante lleno de alegría; vuestra inspiracion ha sido la de---- en fin, soy feliz, he encontrado á Rosalía----! vos no sabeis cuanto la amo, figuraos que la Inquisicion es terrible---- me caso con ella---- pues no faltaba mas que cuando el cielo me la devuel-

ve yo desperdicie la oportunidad de llevarla al altar.... sereis mi padrino; porque como debeis comprender, yo necesito un hombre cualquiera que me apadrine, es decir, un padrino.... qué bueno sois, capitan.... y donde la llevamos?.... decid... hablad, yo os lo suplico.

—Pero si todo os lo decís, qué diablo voy á contestar!

—Vamos á la casa del tío Pablo, dijo Lino el mulato.

—Adónde? preguntó con extrañeza el capitan.

—No lo habeis oido? á la casa del tío Pablo.

—Lo conoces?

—Es uno de nuestros mejores amigos.

—Pero yo no comprendo como....

—Es muy fácil, somos parroquianos antiguos de su casa de comercio y hay confianza para llevar á esta señora.

Quedóse el capitan reflexionando en la rara coincidencia de aquel encuentro.

—Sí, dijo Pedraja, yo no conozco al tío Pablo, pero debe ser un honrado y cumplido caballero; marchemos á su casa, por supuesto que yo dormiré en el zaguán; porque eso sí, á mí nadie me gana á delicado; ese señor don Pablo verá como me porto; no llevo á Rosalía á la casita que habia tomado, porque la descubrirán y entonces desandábamos todo el terreno ¿no os parece, señor capitan?

—Sí, me parece todo lo que vos queráis. Hola! bellaco, ya te habrás cansado, yo llevaré á cuestras un rato á esa dama, á bien que estamos cerca de ese zangarro infernal del tío Pablo.

Diciendo y haciendo, tomó en hombros á la dama, y con la mayor facilidad del mundo y á pesar de las súplicas y cumplimientos de Pedraja, el capitan se llevó á la dama hasta descansarla en el quicio de la tienda del tío Pablo.

—Vamos, señorita, hemos llegado.

—¿Quién sois, caballero?

—Quién ha de ser, el capitan don Félix de Quintanar, el mejor de nuestros amigos, dijo Pedraja.

—Silencio, dijo el capitan, apartaos que os compromeeis.

Pedraja se retiró, esquivándose de Rosalía.

—Señora, permitid que bese vuestra mano, dijo don Félix.

Rosalía tendió su delicada mano al caballero y este la besó con profundo respeto.

—Cáscaras! murmuró muy por lo bajo don Félix, jamas mis bigotes han rozado cútis mas encantador.

—Yo os doy las gracias, caballero, pero os suplico que no nos abandoneis hasta dejarnos completamente tranquilos.

—Os doy mi palabra de honor.

—Gracias, capitan.

V.

Lino se habia adelantado, llamó á la puerta y el tío Pablo vió con asombro á don Félix y al desconocido acompañados de una dama.

—Se necesita de vuestros servicios, dijo don Félix arrojando una bolsa repleta de oro al receptor.

—Estoy á vuestras órdenes, señor capitan.

—Teneis una hija recatada.

—Gracias al cielo.

—Lo único bueno y virtuoso que existe en todo este barrio de bribones.

—Ese es mi orgullo.

—Pues bien, la señorita va á ser recibida en tu casa.

—Al momento.

—Le guardarás cuantas consideraciones son debidas á una dama.

—Serán cumplidas vuestras órdenes.

—Cuanto quiera, cuanto necesite.

—Está bien.

—Y sobre todo, silencio y mucho silencio.

El tío Pablo inclinó la cabeza.

Rosalía hizo un saludo al capitán.

—Y vosotros, dijo este dirigiéndose á Lino y al Zurdo, cuidado con una imprudencia, porque os cuesta las orejas.

—Ya! murmuró el mulato.

—Estos muchachos, observó Pedraja, son de entera confianza.

—Bien, bien, vámonos y buenas noches.

Los bandidos se quedaron en la tienda del tío Pablo, mientras este llevaba á Rosalía á la apartada habitacion de su hija.

VI.

El capitán y el estudiante se alejaron una cuadra de la casa del tío Pablo.

—Ahora os toca á vos, señor de Pedraja.

—Contad conmigo.

—Me vais á hacer la centinela.

—Dadme vuestros pistoletos.

—Ahí están.

Y desprendiéndose las armas de la cintura se las entregó al estudiante.

—La una va á dar, á esa hora debo concurrir á la cita de la mujer que amo.

—Sed feliz, capitán.

—Ignoro si será un lazo.

—Comprendo perfectamente.

—Cuando oigais ruido de estocadas ----

—Acudiré como el primero.

—Si dilato dos horas, penetrad en la casa del tío Pablo y hacidle á viva fuerza que os conduzca adonde yo voy esta noche.

—Luego vais á entrar á donde está Rosalía?

—Caballero, vos no me conocéis, estad seguro que vuestra novia será respetada en esa casa mas que si se tratase de la dama á quien pretendo.

—Creo en vuestra palabra.

—Os empeño mi honor; ignoro el término de esta aventura, pero estoy ciego y necesito llegar hasta donde está la luz, aun á costa de mi existencia; el misterio mas profundo me rodea y voy á tientas; espero encontrar á una mujer y puedo hallar la punta de un puñal.

—No lo digais, capitán.

—En fin, la suerte está echada y no hay mas que resignarse; yo no tiemblo sino ante la perspectiva de ser burlado.

—No lo creo, capitán, nadie se atreveria á semejante absurdo.

—Vos no sabeis de mundo.

—Puede ser; pero yo os aseguro que quien tenga de haberse las con vuestra espada lo pensará antes detenidamente.

—Sea de ello lo que fuere, estad en guardia.

—No me separo de aquí por ningun motivo.

—Si por acaso os detiene alguna ronda, tomad este papel, aquí está la *contraseña* de esta noche.

—Bien, ya nada tengo que temer.

En aquel momento sonó la una en el reloj de la Catedral.

—Es la hora, adios.

—El os proteja.

El estudiante reconoció las pistolas, mientras don Félix se encaminaba á un costado de la casa del tío Pablo.

Abrióse un postigo que parecia condenado, salió un embozado y tomando por el brazo al capitán le dijo en voz muy baja:

—Seguidme.

Y los dos encubiertos desaparecieron por el postigo, como si los hubieran tragado las sombras de la noche.